

Universidades y transiciones políticas: el caso español en los años 60-70¹

Universities and political transitions: the Spanish case in the 60-70 years

Alberto Carrillo-Linares

e-mail: acarrillo@us.es

Universidad de Sevilla. España

Resumen: Este artículo se centra en el papel de la universidad y el movimiento estudiantil antifranquista en la lucha por la democracia en España desde los años 60, enmarcados en la dinámica cultural (*generación beat*) y política internacional (*Tercera Ola*). Se reflexiona en torno el papel de la juventud universitaria, los partidos políticos de oposición, el proyecto democratizador universitario y por extensión del país, etc., para cerrar con una explicación de las causas de la desmovilización tras 1977. Las fuentes empleadas son hemerográficas, bibliográficas, orales y de archivo.

Palabras clave: universidad; transiciones políticas; movimiento estudiantil; antifranquismo; culturas políticas.

Abstract: This article focuses on the role of the university and the student movement against Franco in the fight for democracy in Spain since the 60s, framed in cultural dynamic (*Beat Generation*) and international politics (*Third Wave*). It analyzes the role of the university youth, the opposition political parties, the process of democratizing university and – by extension – the country, concluding with an explanation of the causes of demobilization after 1977. The article utilizes newspapers, as well as bibliographical, oral and archival sources.

Keywords: university; political transitions; student movement; opposition anti-Franco; political cultures.

Recibido / Received: 17/03/2015

Aceptado / Accepted: 17/05/2015

1. Introducción

Es conocida la historia del desencuentro entre Miguel de Unamuno y José Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, con motivo de la celebración del Día de la Raza el 12 de octubre de 1936, en plena guerra civil

¹ El presente trabajo se desarrolla en el marco del Proyecto I-D, «La transición Ibérica: Portugal y España. El interés internacional por la liberalización peninsular (1968-1978)». HAR2011-27460/HIS (HUM2007-62337/HIS) y del GI de la Junta de Andalucía HUM 420, «El aprendizaje de la Democracia».

española. A los gritos de «¡Viva la Muerte!» y «¡Muera la intelectualidad!» (según algunos, «¡Muera la inteligencia!»), procuró el rector responder con el uso de la razón y de la elocuencia². Diez días más tarde era destituido de su cargo honorífico y vitalicio en la Universidad por orden de Franco. La guerra contra la cultura no sometida a la sinrazón contaba con otro incidente, uno más, en la larga lista de oprobios universitarios. En Alemania la quema de libros en la Bebelplatz en mayo de 1933, fue el colofón público de un acto simbólico de represión y persecución a la cultura. Los expurgos y depuraciones de bibliotecas llevados a cabo al poco de estallar la guerra en España iban en la misma línea inquisitorial y censora³. En la España franquista, el conflicto entre los puños y los cerebros parecían haberlo ganado aquellos. Al menos temporalmente.

El pensamiento y la cultura libres han sido despreciadas profundamente por los regímenes militares que acosaron no sólo a intelectuales reputados y sus obras, sino también a los jóvenes que se formaban en los centros de enseñanza y que, como algunos de sus profesores, expresaban críticas abiertas contra el orden existente, ya fuera político, cultural, económico, social, académico, etc. En España adquirió tintes dramáticos el proceso depurador al estamento docente iniciado en 1936, algo que, para el ámbito universitario, fue estudiado por Jaume Claret (2006). Sometidos *manu militari* los campus universitarios tras la II República, con unas activas asociaciones estudiantiles y una intensa vida política intramuros, apenas quince años después de concluida la guerra la disidencia comenzó a manifestarse tímida pero decididamente⁴. Los sucesos en Barcelona (1951) y, especialmente Madrid (1956) alertaban de lo difícil que resultaba reducir el empuje juvenil de una generación que comenzaba a ver el conflicto bélico, sus justificaciones por parte del bando insidioso y la dictadura que trajo consigo, como algo lejano y sin sentido.

En el presente artículo se reflexiona sobre los cambios producidos en la Universidad española desde los años sesenta que dieron cuerpo a numerosas exigencias que comenzaron siendo académicas (planes de estudio, exámenes, contenidos, etc.) y adoptaron formas eminentemente políticas con el paso de los años, estableciendo un cuadro reivindicativo de gran calado defendido a través de un poderoso movimiento estudiantil. La efervescencia intelectual y política vivida

² Versiones alternativas sobre los hechos pueden verse en Rojas (1995, pp. 134-140) y, desmitificando, Blanco (2013, pp. 346-357).

³ Tampoco faltaron acciones terroristas contra la cultura en las dictaduras del cono sudamericano: Chile (1973) y Argentina (1976) cuentan en su historia nacional ominosos atentados de idéntica factura.

⁴ Reflejo de la pluralidad social e ideológica, en la II República proliferaron organizaciones estudiantiles de diverso signo: las había de orientación católica (FEC), de corte tradicionalista (AET), de inspiración fascista (SEU); y la republicana por antonomasia, la FUE, nacida con el objetivo de luchar contra la dictadura de Primo de Rivera. El último intento por reactivar la FUE se registró entre 1945 y 1949 al calor del fin de la II Guerra Mundial.

en la Universidad española durante los años *setenta* es inseparable de la construcción de la democracia desde sus mismas bases sociales.

Pese a las circunstancias específicas propias de España y otras dictaduras de la zona, como Portugal o Grecia, existieron además unos climas y ciclos culturales que inundaron el mundo entero y de los que la juventud española no pudo abstraerse, lo cual explicaría la similitud de algunos discursos, repertorios de acción, modas, etc., al margen de que la propaganda oficial insistiera, mediante eslóganes en inglés, en que «España era diferente».

2. Universidad y política

Históricamente, y de manera definitiva durante el mundo contemporáneo, la Universidad ha sido lugar de reflexión y actividad política, de donde además salió una parte de los cuadros y la intelectualidad que colaboraron en la modernización de los países. La influencia supuesta o ejercida realmente por los docentes, unida a la conciencia política de los estudiantes, hizo de este espacio un enclave estratégico por su posible impacto en la vida pública, de ahí el peligro que se percibió en la misma. De ahí que universidades y dictaduras hayan mantenido una tensa relación a lo largo del siglo XX⁵.

Los procesos de democratización desde regímenes dictatoriales vividos en el mundo durante los años 60-80 –la llamada «Tercera ola»– están indisolublemente unidos a la agitación registrada en los centros de enseñanza, particularmente la universitaria, convertidos en terrenos de acción casi permanente⁶. Pero el fenómeno no se dio sólo en universidades de países dictatoriales pues también hubo presiones estudiantiles en la línea de la «Nueva Izquierda» que reivindicaban la ampliación de los márgenes del concepto de democracia, revisando el campo semántico que le daba sentido histórico al término, ya que hubo movilizaciones con requerimientos en clave democratizadoras y de orientación participativa en lugares como Estados Unidos, Canadá, Italia, Francia, República Federal Alemana, Gran Bretaña, Holanda, Suecia, etc., lo que obliga a considerar el asunto desde una perspectiva más amplia –cultural y generacional– que la eminentemente política⁷. El movimiento estudiantil de este periodo tiene su

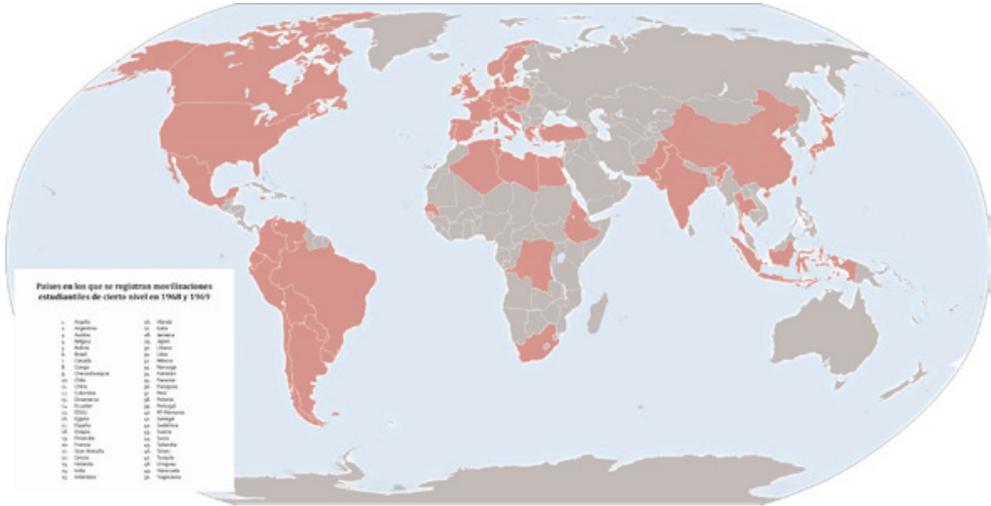
⁵ En relación con esta cuestión y centrándose en diferentes sistemas políticos que cercenan la libertad individual (revolución rusa, nazismo, fascismo, franquismo, Europa del Este durante la Guerra Fría), *cf.*: Connelly, Grüttner (2005).

⁶ El concepto de «Tercera ola», en Huntington (1994).

⁷ Prácticamente el mundo se inundó de protestas estudiantiles en los años sesenta y setenta, en algunos casos con respuestas represivas de altísima intensidad, como la matanza en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco (1968). Es mundialmente conocido el Mayo francés del 68, pero en realidad entre 1968 y 1969 se registraron protestas estudiantiles de cierto nivel en al menos medio centenar de países, entre ellos, por supuesto, España.

simbólico referente germinal en el *Free speech movement* de principios de los años 60 en la Universidad de California, donde se encontraba en 1964 Herbert Marcuse, considerado uno de los padres espirituales del movimiento estudiantil⁸.

Imagen 1



Mapamundi que refleja la dimensión de la explosión estudiantil en 1968-1969. Aunque se detecten los lógicos factores locales en cada caso, se trató de un fenómeno interrelacionado cultural y generacionalmente, con reflexiones políticas transversales. Elaboración propia.

Respecto al primer grupo citado y que será en el que me centre en las siguientes páginas (en concreto en España) –países sometidos a regímenes dictatoriales– destacan en el ámbito mediterráneo los casos de Portugal, Grecia y España que entre 1974 y 1975 vivieron aceleradas alteraciones en sus regímenes. Si en la península ibérica las dictaduras habían sido de larga duración (implantado el «Estado Novo» en Portugal en 1926 y en España el llamado «Nuevo Estado» en 1939), en el caso griego el golpe militar del abril de 1967 introdujo un período de eliminación de libertades, el de la Dictadura de los Coroneles, que apenas pudo mantenerse algo más de un lustro pero que generó igualmente un activo movimiento estudiantil⁹. Aunque existían particularidades en cada uno de ellos, los tres se insertaron en un clima cultural similar, con marcos de referencia y exigencias políticas análogas. Los tres, como otros vividos en diferentes partes

⁸ Sobre el *Free speech movement*, véase Lance (1993).

⁹ La historia del movimiento estudiantil griego contra la dictadura de los coroneles pueden consultarse el trabajo de Kornetis (2013).

del mundo, se hallaban además en un ciclo de protesta común¹⁰. En este sentido, compartían esferas simbólicas y programáticas además de experiencias, del mismo modo que miraban en idéntica dirección a la hora de construir significados cognitivos que daban razón de ser a la vida de los militantes con sus actuaciones¹¹.

En los tres casos, como ocurriera en las dictaduras sudamericanas, la represión sobre la universidad (docentes y estudiantes) fue muy virulenta, no sólo con el fin de aplacar o eliminar a los opositores sino también con la intención de procurar continuidad a los regímenes dictatoriales mediante la formación de nuevas generaciones educadas en los valores identificados con los mismos¹². El testimonio de Nicolás Sánchez-Albornoz, que sufrió en dos universidades semejantes consecuencias represivas –una europea, otra americana, y con varias décadas de diferencia-, resulta ilustrativo: en España, siendo estudiante en su intento por reconstruir en 1946 la republicana Federación Universitaria Escolar (FUE) y en Argentina, como docente, con la llegada del militar Onganía en junio de 1966¹³. Recordaba:

En junio de 1966, el general Onganía desenfundó su sable para dar la señal de asalto a la universidad pública. Los edificios fueron ocupados fusil en mano, sus autoridades destituidas, sus actividades interrumpidas o suprimidas, las bibliotecas depuradas (con quema de libros incluida, en Córdoba). Los docentes, investigadores y alumnos fueron corridos a bastonazos, literalmente. Un nuevo drama se instaló en la enseñanza superior argentina.

La saña se cebó en primer lugar en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires. El profesorado de la misma respondió a la agresión enarbolando el único instrumento a su disposición: la dimisión en masa. Los estudiantes se identificaron esta vez, auspiciosamente, con sus maestros. La renuncia de los profesores de ciencias fue seguida en cadena por colegas de otras facultades y universidades del país. La noción de autonomía universitaria había calado profundamente en el espíritu de profesores y alumnos hasta convertirla en irrenunciable¹⁴.

¹⁰ Para los conceptos de «ciclos» y «climas», *cf.* Brand (1992). El estudio de los «*ciclos de protesta*», centrado en la estructura de movilización y sus vínculos con las oportunidades políticas y los *marcos*, puede verse en Tarrow (1997; 1991, pp. 263-286). Para el marco cultural de estos años: Marwick (1998). También resulta de interés, para la relación entre marcos culturales y evaluación de sistemas políticos: Gamson, Meyer (1999).

¹¹ Para el caso europeo y las concomitancias políticas y culturales, aunque también con aportaciones sobre las relaciones americanas, véase la interesante compilación de Schildt y Siegfried (2007).

¹² Me refiero a la educación superior, pero también se dieron casos de represión en los ámbitos de la enseñanza secundaria. Véase, por ejemplo, la llamada *Noche de los lápices*, en Argentina, en septiembre de 1976, donde se secuestró, torturó y asesinó a diez jóvenes, la mayoría menores de edad. Para el caso argentino, véase Polak y Gorbier (1994). Diez años antes (julio de 1966) se produjo la conocida *Noche de los bastones largos*, contra el movimiento en defensa de la autonomía universitaria (profesores y estudiantes) frente a la injerencia militar tras el *sablazo* del general Juan Carlos Onganía (junio).

¹³ Tampoco la Argentina de Juan Domingo Perón había escapado a la política censora y la persecución de los universitarios más conscientes y combativos.

¹⁴ El interesante testimonio de Nicolás Sánchez-Albornoz sobre las consecuencias académicas y personales del golpe militar en Argentina puede verse en Sánchez-Albornoz (2012, pp. 237-239 (cita), 288 y 297).

La cuestión de la autonomía universitaria fue uno de los *leitmotive* más estimulantes y canalizadores de la protesta estudiantil en los centros superiores de educación ya desde principios del siglo XX y lo volvió a ser contra la universidad franquista en el mismo año de 1966 con el surgimiento de una organización alternativa e independiente de los intereses del Estado, el Sindicato Democrático de Estudiantes, nacido en Barcelona¹⁵. Y esto ocurría tanto en España como en Portugal, donde el movimiento estudiantil tuvo un papel nada despreciable en la oposición al salazarismo-caetanismo¹⁶.

3. La Universidad franquista: un proyecto sin futuro

La Universidad era un objetivo a conquistar pues a la esperanza en la juventud, como garantía de continuidad y permanencia, no podía renunciar el franquismo. Pero lo cierto es que las nuevas generaciones se escamotearon por el camino y avanzando los años se distanciaron vital y políticamente de la dictadura, proponiendo un mundo alternativo al heredado. Este proceso se manifestó con la disconformidad primero y la disidencia después: la ruptura generacional fue un hecho determinante para comprender las fallas que permitieron la penetración de nuevos aires democratizadores en las universidades. La española no quedó al margen.

Consciente de la trascendencia de la universidad para el franquismo, en 1963 Jesús López Medel recordaba:

El timón de nuestra sociedad futura debe estar basado en un 18 de julio permanente. Es importante el heroísmo de unos y el testimonio de otros; pero en la continuidad deben contar con amplitud los que hoy acuden a la Universidad, levantada en sus muros y espíritu con sangre mártir. Ellos harán la posible o probable guerra total contra el comunismo.

(...) La corredención y la continuidad de España tienen un sistema medular formado por los que hicisteis la guerra y los que la vimos; pero precisa un sistema muscular permanente y progresivo, que forjarán los que en estos días acuden a la Universidad por vez primera, sin fusil de verdad, ni de palo siquiera. A la entrada, o en los claustros, verán lápidas de Caídos. Nuestra fortaleza, y la de España, pueden radicar algún día en ellos (López, 1963, pp. 106-107)¹⁷.

¹⁵ En la historia de Latinoamérica también abundan los casos sobre el movimiento estudiantil y la autonomía universitaria, sobre todo desde la segunda década del siglo XX, –impulsados en gran medida por el potente movimiento de Reforma Universitaria de Córdoba (Argentina) con su influyente *Manifiesto de Córdoba* (1918)– que se solapa en ocasiones con componentes políticos asociados a la lucha anticolonial (Argentina, México, Venezuela, Colombia, etc.).

¹⁶ El movimiento estudiantil portugués ha sido atendido por la historiografía y la literatura es amplia, más que para el caso español. Un estudio comparado puede verse en Carrillo-Linares, Cardina (2012, pp. 639-668).

¹⁷ Dichas palabras las había pronunciado diez años antes.

Muchos de los que acudían a la universidad en España a finales de los cincuenta y principios de los sesenta comenzaban su alejamiento del régimen dictatorial y lo hicieron por varios motivos: porque el discurso belicoso y anticomunista heredado de la guerra cada vez producía menos sugestión y apego; porque los valores sociales y morales estaban cambiando y por más que se quisiera impedir, empezaban a penetrar lentamente nuevos aires que ventilaban la rancia idea de España como reserva espiritual de occidente. Las preocupaciones y los gustos de la nuevas generaciones iban por otros derroteros, algo que las anquilosadas élites franquistas no podían ni querían asumir, a riesgo de que se descompusiera su universo referencial, porque la España oficial representaba históricamente el pasado y sociológicamente era incompatible con las nuevas demandas (económicas, culturales, políticas, etc.). En definitiva, se estaba registrando un movimiento de placas tectónicas en la sociedad que, tarde o temprano, acabaría por quebrar el orden levantado a fuerza de bayonetas. El contexto geopolítico y cultural hizo que la falla se produjera más bien pronto, en círculos minoritarios, aunque sus resultados efectivos tardaron en llegar por la cerrazón del régimen que debió intensificar la represión con el paso de los años.

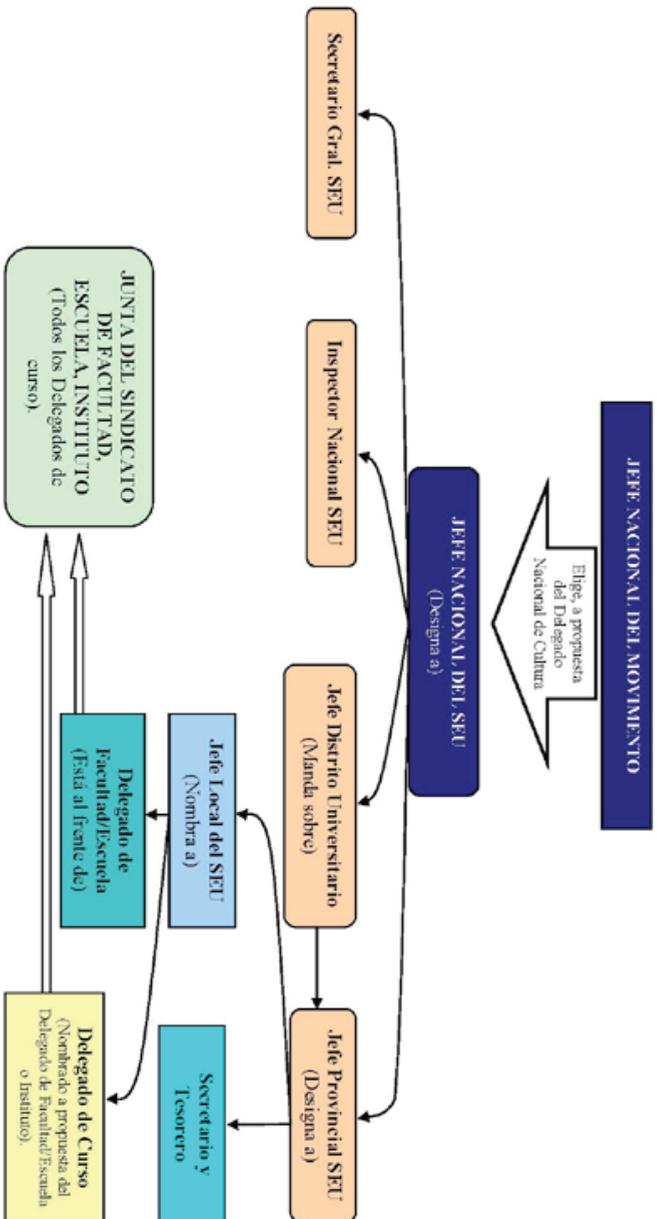
En este sentido, la asfixia vivida por la juventud y la disconformidad universitaria se percibieron en diversos ámbitos; el académico y asistencial fueron los primeros en manifestarse dado que eran los más inmediatos en la cotidianidad, además de ser los que mejor se podían aprovechar con el fin de desgastar a la dictadura sin provocar reacciones inmediatas en una población estudiantil no educada y castrada políticamente. De esta manera, a mediados de los años cincuenta la batalla se libraba contra el sindicato oficial de origen falangista, el SEU; contra los precios de comedores o de los tranvías, mientras que otras veces se relacionaba con problemas con los exámenes o profesores. Para ampliar la cobertura, se recurrió igualmente a un frente cultural que sirviera para crear conciencia entre los universitarios neófitos. Con estas dos claves se pueden interpretar los sucesos en la Universidad de Madrid en 1955 y 1956¹⁸. El conflicto más importante, sin duda, era el librado contra el sindicato, tachado con razón de ser una imposición –primero de Falange y luego del Estado– en la vida universitaria que servía de simple correa de transmisión de los intereses políticos del gobierno debido a su funcionamiento interno –verticalismo– en el que la representatividad real brillaba por su ausencia puesto que todos los cargos eran por designación más o menos directa¹⁹. Las sucesivas reformas desde 1937 no lograron nunca su aceptación por parte de los estudiantes que hallaron en el concepto de autonomía estudiantil un poderoso motivo de descontento.

¹⁸ Sobre estos acontecimientos, *cf.*: entrevista a Julio Diamante (Madrid, 26-7-2014); Lizcano (1981); Mesa (1982); Sartorius; Alfaya (1999, pp. 54-67).

¹⁹ El trabajo más completo sobre la historia del SEU es el de Ruiz Carnicer (1996).

Imagen 2

ESTRUCTURA ORGÁNICA DEL SEU (1937)¹



¹ Los cargos de Jefe Provincial y el Local se unifican en las capitales de provincia. Se nombra Jefe Local en las localidades con más de 20 afiliados numéricos. El Jefe Local y el Delegado de Facultad, Escuela o Instituto se unifican en las localidades en que exista un solo Sindicato de Facultad, Escuela o Instituto.

Organigrama del funcionamiento del Sindicato Español Universitario (SEU) según el Decreto de 1937. Las sucesivas reformas no sirvieron para que fuera aceptado por los estudiantes. Elaboración propia a partir del Decreto del 27-XI-1937.

Resulta llamativo que el movimiento estudiantil comenzara a dar signos de actividad a mediados de los años cincuenta, apenas quince después de concluida la guerra, aunque la dictadura se prolongó cuarenta. Fue en los sesenta cuando cobró verdadero cuerpo como movimiento social contencioso cristalizado en las protestas de los años 1964-65 en Madrid que provocaron la expulsión de la universidad de varios catedráticos, tres de ellos «a perpetuidad», Agustín García Calvo, José Luis López Aranguren y Enrique Tierno Galván²⁰. El embate final contra el SEU estaba servido y éste no pudo sobrevivir más allá de 1965. Era la primera y única vez durante todo el franquismo que un movimiento de oposición abierta conseguía acabar con una institución del régimen. La coyuntura fue aprovechada por los estudiantes en su proyecto democratizador de la universidad y, tras varias reuniones a nivel nacional, en marzo de 1966, en el convento de los Padres Capuchinos de Sarriá (Barcelona), se fundaba la alternativa al SEU: el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), modelo que se exportó durante los dos cursos siguientes a otros distritos²¹. Se trataba, según se recogía en los Estatutos del Sindicato, de lograr un modelo «representativo, autónomo e independiente», insistiéndose en los conceptos de «democracia», «libertad», «autoorganización», «autonomía», etc.²².

Para el movimiento estudiantil en estos momentos, el proyecto democratizador de la Universidad debía atravesar diversas fases, comenzando con la celebración de varias Reuniones Coordinadoras Nacionales, pasando por el establecimiento de sindicatos democráticos en los diferentes centros y distritos para llegar finalmente a la organización de un Congreso a escala nacional que vertebrara el contenido de la reforma democrática de la Universidad.

Es innegable que detrás de la propuesta se encontraban estudiantes con conciencia política que, en ocasiones, militaban o colaboraban con organizaciones clandestinas, circunstancia que sirvió para armar el discurso represor de un régimen radicalmente contrario a los partidos y cualquier sistema participativo libre. En realidad, siempre fueron minoría los que se encontraban organizados, aunque

²⁰ Orden del 19 de agosto de 1965, *BOE* del 21 de agosto de 1965, pp. 11.687-11.690. Sobre los sucesos pueden verse los testimonios de Tierno Galván (1966, pp. 467-486) y Tierno Galván (1981, pp. 339-344). Por su parte, Santiago Montero Díaz y Mariano Aguilar Navarro fueron separados de sus cátedras por dos años. Paralelamente hubo otras acciones solidarias de algunos profesores en una incipiente y reveladora interacción con los estudiantes y los docentes sancionados.

²¹ Del acto fueron informadas las autoridades gubernamentales que procedieron a su represión directa. Sobre ello y sus circunstancias: Archivo Central del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Alcalá de Henares, Madrid, España, leg. 93516; así como: Por un sindicato estudiantil democrático: la «capuchinada» de Sarriá. (1972). *Horizonte Español 1972*, t. I, [Paris], Ruedo Ibérico, pp. 34-38; Crexell (1987); Fernández Buey (2006 y 1991).

²² *Vid.* Declaración de principios del Sindicato Democrático de los Estudiantes de la Universidad de Barcelona, en «La lucha de los estudiantes españoles. Documentos». (Abril-mayo 1966) *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 6, pp. 99-105.

en ellos recayó la mayor carga del trabajo de agitación realizado en las universidades. Hay que recordar que la organización no fue sólo política: también la hubo en asociaciones estudiantiles, en el citado Sindicato Democrático, en las aulas de cultura, etc. La dictadura consideró erróneamente que descabezando a los líderes que actuaban en las estructuras orgánicas se podría contener el movimiento, pero no fue así dado que la crítica o cuanto menos la distancia vital y política contra la misma estaba socialmente extendida en la universidad. Las organizaciones eran la punta del iceberg del serio problema que tenía el franquismo. El movimiento de protesta se nutrió del descontento generado por el mismo régimen que, con cada acción represiva o medida paliativa insustancial, otorgaba renovadas razones a los contestatarios ampliando la red de sensibilidad, solidaridad y compromiso con la causa antifranquista.

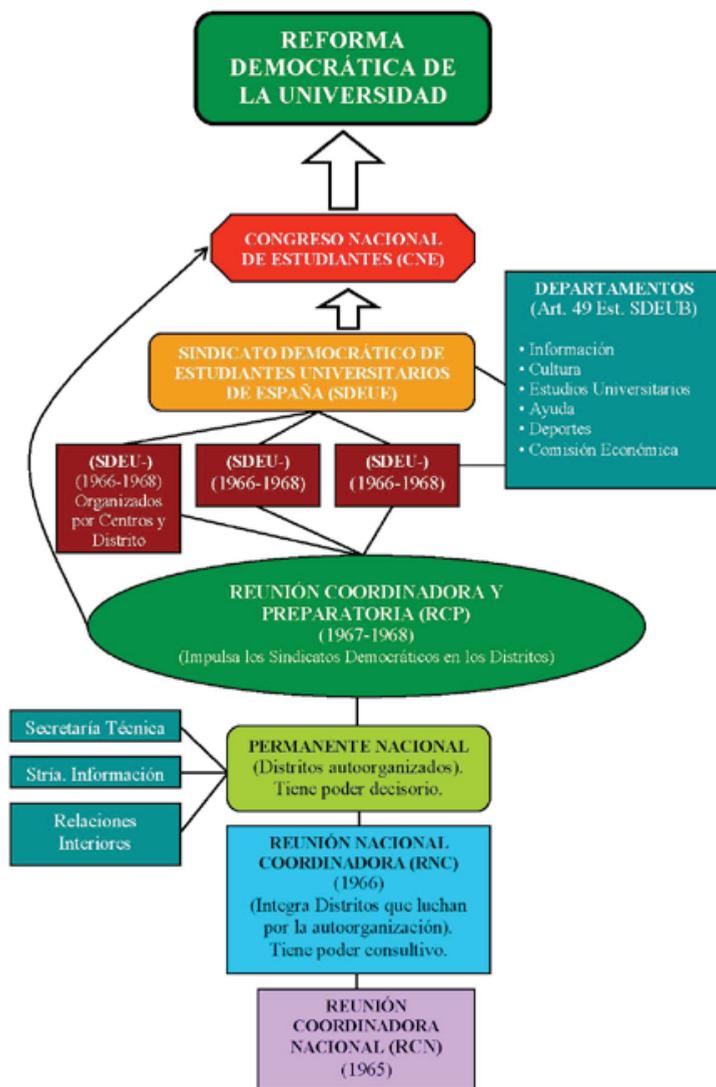
Con el fin de contener el avance del movimiento estudiantil, se trató de construir un dique a base de recetas represivas de diferente naturaleza, intensidad y procedencia. Se ejerció represión desde los gobiernos civiles, desde las amenazas privadas hasta sanciones económicas y por su puesto el empleo de los servicios de inteligencia que se sumaron a la actividad de la brigada político social²³. Hubo, obviamente, represión académica, con amonestaciones privadas y públicas, expulsiones individuales y colectivas, persecución y ahogamiento por parte de los cargos académicos de las actividades culturales estudiantiles, prohibiciones de reuniones y asambleas, cierres de centros docentes y aulas de cultura, no renovación de contratos a profesores, etc. Otras veces se recurrió a la represión policial, sin duda la más visible e impactante: entradas en los recintos universitarios, cargas a caballo, uso de camiones cisterna, detenciones, torturas en comisarías y en el peor de los casos muertes. Aunque también existió una represión mucho menos visible, de baja intensidad, pero que provocaba un importante malestar y con consecuencias muy variadas, como las denegaciones de certificados de buena conducta (para trabajar, viajar, obtener el permiso de conducir o solicitar la prórroga militar). A todo ello se le sumaban los castigos ejercidos desde el flanco militar, con las retiradas de las prórrogas por estudios, las llamadas a la incorporación obligatoria a filas y la pérdida de varios cursos escolares; o la judicial y legislativa, con el procesamiento de los estudiantes ante el Tribunal de Orden Público en funcionamiento desde 1963, o las sucesivas aprobaciones de normativas legales tendentes al control de la efervescente y progresiva agitación universitaria contra la dictadura²⁴.

²³ En relación con los servicios de inteligencia y el movimiento estudiantil antifranquista, incluyendo el interés de la CIA, véase Rodríguez (2014, pp. 536-542).

²⁴ La actividad del TOP ha sido estudiada por Águila (2001); Tébar (2012); Martínez, Sánchez, Baena (2014).

Imagen 3

ORGANIGRAMA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA PROPUESTA POR EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL ANTIFRANQUISTA



Elaboración propia

Organigrama de la planificación diseñada por los estudiantes antifranquistas (1965-1968) para la Reforma Democrática de la Universidad bajo la dictadura. Incluía la sustitución del SEU por el Sindicato Democrático. La represión policial y la división interna del movimiento lo hicieron inviable. Elaboración propia.

Es sólo un repaso rápido al abanico de acciones represivas emprendidas durante los años sesenta y setenta en España. Ninguna resultó verdaderamente efectiva pues en el tardofranquismo, que es cuando se generaliza su uso, los recambios humanos en el movimiento estaban asegurados; pero sí hicieron la vida imposible a muchos de los activistas que lo eran a tiempo parcial o completo. Además, el movimiento siempre se retroalimentó de la represión pues existía un fuerte sentimiento de solidaridad y pertenencia a un colectivo que sufría gravemente la agresión. A mayor represión, más convicción en la nobleza de la causa y mayor radicalización en las propuestas y acciones porque el enojo fue creciendo en ciertos grupos e individuos. Este se constató como uno de los efectos no previstos de aquellas medidas desesperadas que sólo indicaban que el proceso de democratización había calado socialmente, dibujando dos mundos enfrentados con tendencias divergentes.

En otro lugar indiqué algunos de los efectos perversos o no previstos por el régimen franquista, que paradójicamente sirvieron para crear andamiajes muy útiles en la construcción de la democracia, como la conciencia política, la capacidad organizativa (en las adversas condiciones impuestas por la clandestinidad), el trabajo en equipo, gestiones y relaciones más democráticas, análisis de la realidad política, desarrollo de destrezas profesionales, las intervenciones públicas, la preparación de asambleas, el fomento de una cultura política participativa, el rechazo al autoritarismo, etc.²⁵ En este sentido, la universidad fue un excelente campo de pruebas del sistema democrático, si se quiere, una burbuja en la ciénaga dictatorial.

4. La actividad política en la Universidad: algunas reflexiones

La prensa de la época recogió una idea que resultaba evidente a cualquier observador atento: en la universidad se estaba desarrollando una intensa actividad política de lucha contra la dictadura que anticipaba la irreversibilidad del proceso democrático, pese a que no todos los que luchaban contra el franquismo pensarán en un sistema democrático del mismo signo. En este sentido, el enfrentamiento con la dictadura no era necesariamente sinónimo de aspiraciones democráticas en clave liberal pues buena parte del movimiento estudiantil mundial de los años 60-70 adoptaba posiciones furiosamente críticas con el liberalismo, de corte marxista revolucionario. En cualquier caso aquella poderosa dinámica contestataria, con sus correlatos en forma de organizaciones, culturas políticas, etc. sirvió para madurar poco a poco la misma idea de democracia a la que se aspiraba.

²⁵ Carrillo-Linares (2013, pp. 31-36).

Gaceta Universitaria, la revista estudiantil dirigida en esos momentos por Andrés Garrigó, publicaba un lúcido editorial en 1967, justo cuando se estaban iniciando las Reuniones Coordinadoras y Preparatorias (RCP) que debían conducir a la fundación del Sindicato Democrático a nivel nacional, donde ponía sobre la mesa la idea esencial a la que me refiero al aludir a la universidad como espacio formativo y de preparación de la democracia participativa:

Ha sido precisamente ahora, cuando los estudiantes han conseguido un sistema con más capacidad de representación que el resto de los españoles, cuando han comenzado estas tensiones propias del crecimiento. La Universidad está sirviendo de conejo de Indias para la democratización de los otros sectores del país.

(...) No se puede olvidar que el camino para llegar a usar pacífica y ordenadamente la libertad es largo. Que se aprende superando equivocaciones. Que es –en contra de toda visión estrecha y cómoda– necesario recorrerlo. Las tensiones que se produzcan en este comienzo son muy difíciles de eludir, y su exteriorización no debe poner nervioso a nadie (*Gaceta universitaria*, 15-2-1967, p. 3).

Y el humorista *Dátile* miraba en la misma dirección en 1972 cuando escribía:

Es difícil calificar el curso 1971-72. Ha sido un curso raro. En lo gordo, así en su conjunto, ha tenido un desarrollo excesivamente democrático. Las horas de asamblea han sido más que las de clase. Es posible que se hayan pronunciado más discursos que en las Cortes durante el mismo período. (...) Los alumnos han votado a diario con varia fortuna; no han aprendido muchas «Letras» ni demasiadas «Ciencias», pero han acumulado más experiencia parlamentaria que si hubieran asistido a las sesiones de la Cámara de los Comunes (*Ya*, 2-7-1972).

La universidad española desde los años sesenta era, en efecto, un hervidero político, sólo comparable, y con sus diferencias circunstanciales, al que se notaba en el mundo obrero, el otro gran frente de lucha contra la dictadura²⁶. Cotidianamente no debió existir en España un lugar donde más se hablara de política, donde más actividades de orientación política, manifiesta o encubierta, se realizaran. Entre éstas últimas destacaron una parte de las actividades culturales realizadas a través de las aulas de cultura, verdaderos cuarteles generales del movimiento estudiantil; las revistas, tradicionales y murales; recitales poéticos, conciertos, conferencias, etc. Y por supuesto, las acciones políticas en sentido estricto derivadas de la acción de las organizaciones clandestinas y sus militantes que se multiplicaron de manera prodigiosa.

Se puede evaluar el desarrollo del frente político en la universidad a través de algunas variables: el estudio de la propaganda difundida, (incluyendo las lecturas de textos) y la observación de la tipología y contenido de las reivindicaciones,

²⁶ Sobre el movimiento estudiantil antifranquista: Álvarez (2004); Valdelvira (2006); Hernández *et al.* (2007); Carrillo-Linares (2008); Rodríguez (2009); Gurriarán (2010); Martínez *et al.* (2012).

pues una organización que no se publicite no existe en el imaginario colectivo y por lo tanto sus posibilidades de expansión son mucho más limitadas al quedar reducidas a los círculos iniciáticos y de allegados. La propaganda era la manera de hacer notar que se estaba vivo, pero también de hacer llegar el mensaje a los que no militaban, de efectuar la crítica al régimen o a situaciones concretas que se relacionaban con aquél; en definitiva, era una vía para la difusión del mensaje propio y la contrainformación que amortiguara las visiones oficiales o las de otros partidos con los que se competía, a veces de manera tan furiosa como contra la misma dictadura, especialmente en los ámbitos de la extrema izquierda.

Imagen 4



Chiste aparecido en *Gaceta Universitaria* en 1966 sobre la supuesta despolitización de la Universidad. Era la antesala de la proliferación que se registró tras 1968. *Gaceta Universitaria*, 1ª quincena, mayo de 1966, p. 4.

Otra variable sería el análisis de las organizaciones políticas con implantación en los centros de enseñanza; la universidad se convirtió probablemente en el lugar donde más siglas aparecieron. Se puede decir que se vivió una especie de paranoia «organizacional» dando lugar a un mapa que acabó siendo una verdadera sopa de siglas políticas. Si bien es cierto que algunas de estas formaciones no pasaron, con suerte, de un par de docenas de simpatizantes, militantes y compañeros de viaje y

su vida muchas veces fue efímera²⁷. La preocupación por disponer de un nombre, que era la partida de nacimiento, dio un toque particular al fenómeno de la lucha contra las dictaduras²⁸. Además de la seriedad supuesta, la razón en la izquierda más activa habría que buscarla en las influencias del marxismo-leninismo y la atención preferencial que ésta cultura política otorgaba a la organización como pieza clave en el proceso de transformación de la realidad, donde la revolución pasó a ser concebida como una estrategia, que precisaba de una dirección, y no sólo como una fase hacia el socialismo. Manifestaba al mismo tiempo la pluralidad ideológica y los matices políticos, aunque muchas eran un simple reflejo de conflictos personales dentro de las organizaciones que llevaban a las escisiones y la fundación de nuevos partidos rabiosamente enfrentados con su antecesor. A esto habría que sumarle componentes sindicales, nacionalistas, etc.

El mapa de grupos políticos fue extraordinario, fenómeno reproducido en Portugal y en ambos casos con similares marcos ideológicos a los habidos en otros países democráticos. Básicamente se pueden agrupar en tres núcleos: marxistas-leninistas, trotskistas y, a cierta distancia, anarquistas; y cada uno de éstos, con sus correspondientes subgrupos y a veces opciones mixtas. Dentro del marxista-leninista, sobresalió el autodefinido como maoísta, que tampoco fue unitario²⁹. El maoísmo tuvo un especial impacto en el universo estudiantil de todo el mundo, particularmente en el marco de la Revolución Cultural (1966-1976)³⁰. Todo ello provocó la fragmentación y radicalización en el movimiento estudiantil tan característica del ciclo de protesta, algo que, por lo demás, favorecerá a los sectores más moderados (PSOE y PSE en Portugal) en las negociaciones durante la transición.

Pese a que los partidos de oposición no tenían un funcionamiento verdaderamente democrático, hecho que deriva de su propia filosofía política (centralismo democrático, jerarquía, etc.) y del contexto en el que tenían que desarrollar su actividad por la clandestinidad, lo cierto es que fueron los grandes animadores en los espacios universitarios, los que introdujeron debates de

²⁷ En el terreno político universitario destacó el PCE, aunque dependiendo de los centros y la cronología, hubo otras organizaciones que le disputaron la pujanza: el Frente de Liberación Popular, la Joven Guardia Roja, la Liga Comunista Revolucionaria, etc.

²⁸ A veces incluso surgieron siglas que caricaturizaban el panorama, como el GEMA (Grupo de Estudiantes Mortalmente Aburridos), nacido para hacer frente a la huelga en Madrid (1972), el POE (Partido del Orgasmo Esmerado), que también lanzaron su propaganda en la capital. *Cfr.* Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Madrid, España, «Intelectuales», Jacq 569 (*ca.* enero 1972)] e «Intelectuales», Jacq 568 (primer trimestre 71-72).

²⁹ El ámbito que más se ha trabajado por los investigadores es el del maoísmo, fuerza emergente desde mediados de los sesenta. Para el caso de Portugal pueden consultarse los trabajos de Cardina (2011 y 2013). Para España véase Roldán (2010). Incluso en países como Noruega hubo tentaciones maoístas con cierto arraigo: Sjøli, (2008).

³⁰ Un hecho notado por la bibliografía (crítica) de época. *Cfr.* Gómez (1969, pp. 146-148).

naturaleza política, planificaron y estimularon actividades de contestación que progresivamente se fueron normalizando en los centros docentes. Y por todo ello concentraron la mayor represión: al régimen franquista le preocupaban sobremanera aquéllos estudiantes y profesores encuadrados en organizaciones, así como los actos de perfil político expreso con proyección pública (manifestaciones, encierros, huelgas, siembras de propaganda, etc.). Pese a todo, los estudiantes organizados siempre constituyeron una minoría que en España, en el mejor de los momentos, osciló en torno al 5%, pero su capacidad para llegar a un sector mucho más amplio, que compartía el sentido de la reprobación, fue muy superior, lo que explica que se convirtiera en un potente movimiento de masas.

La extensión de la protesta tuvo otro efecto no menos destructivo para el franquismo: las noticias poco a poco se fueron colando también en los medios de comunicación con lo que se dilató públicamente el clima refractario a la dictadura³¹. La masificación que el fenómeno alcanzó en el tardofranquismo hizo el resto en el desgaste del régimen y dejó en evidencia la inviabilidad continuista del mismo. Este mensaje caló también en las élites franquistas que supieron reubicarse para garantizar su propia supervivencia política, salvo un sector *bunkerizado* minoritario, poderosamente ideologizado.

Desde otra perspectiva, la militancia política en la Universidad estuvo siempre marcada por factores de proximidad personal: cercanía y seguridad fueron dos condiciones necesarias en la militancia concreta dado que había que implicarse en entornos de riesgo elevados, por lo que sólo si se daban unos escenarios emocionales en los que la persona se sintiera segura se daría el paso para asumir un compromiso mayor, y, obviamente, de más peligro. De ahí la repercusión que tuvieron los contextos de micromovilización –los espacios en los que las personas se mueven habitualmente– y las redes informales de relación, para explicar la adscripción a un partido: en gran medida se entraba a militar porque allí había amigos, novios, novias, compañeros de clase o facultad, conocidos que ofrecían confianza, con los que se compartía una visión del mundo y una sensibilidad respecto a muchos temas que superaban lo puramente político, como podía ser la música, la literatura, el arte, ética y estética, etc. Desde esta perspectiva el proceso y las causas de la militancia son mucho más complejas y variadas que la reducción a simples identificaciones con conceptos ideológicos propios de una parte de las culturas políticas, sin negar la atracción que éstas pudieran tener. De hecho, la ruptura política con el franquismo vino precedida de otra de tipo vital, intuitivo, cultural, generacional, etc., que dio sentido, cuerpo y empuje a aquélla.

³¹ Además de las noticias informativas y los artículos de opinión, resulta interesante el análisis de las «cartas al director» enviadas y publicadas en los medios de comunicación generalistas porque aportan interesantes pistas sobre la dimensión de un problema en el que los padres a veces se posicionaban abiertamente en la defensa de la causa defendida por sus hijos estudiantes. Aunque no son abundantes sí que sugieren un cambio de tendencia en profundidad.

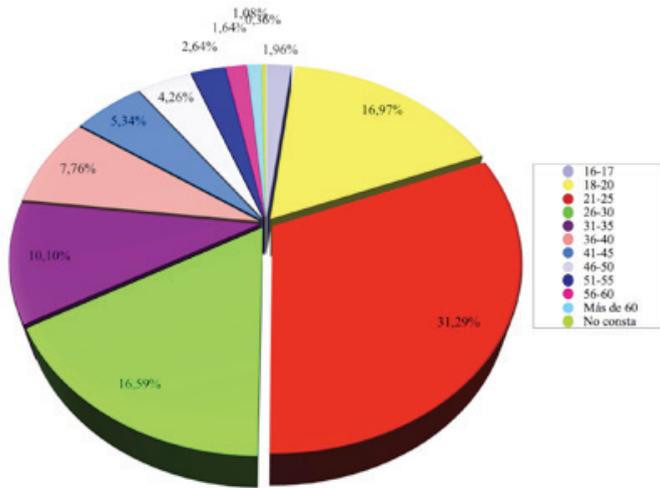
5. Cambio político y generacional: la Universidad agitada

No cabe duda que el factor generacional jugó en contra del franquismo y a favor de la democracia, por la que, en cualquier caso, hubo que luchar en un proceso contingente y abierto. Ningún factor explica por sí solo los cambios sociales, políticos y culturales registrados en España desde los años sesenta, pero existen pruebas suficientes para argumentar sobre el peso que la generación más joven tuvo en los mismos. Especialmente, «juventud» y «universidad» constituyen dos variables de análisis de enorme fecundidad para comprender las transformaciones y sus consecuencias, aunque existen otras que completan la explicación, como puedan ser los diversos movimientos sociales contenciosos (obrero, vecinal, etc.), los cambios institucionales, las tendencias y relaciones internacionales, el desarrollismo económico, el análisis de élites, etc. En la realidad histórica todos interactuaron simultáneamente.

La ruptura generacional se visualizó tanto desde el punto de vista de la edad como del cultural, teniendo al franquismo como primer telón de fondo del conflicto. A su vez existía un clima efervescente más amplio, de dimensión mundial que caló en la juventud española más progresista. Por lo que respecta a la juventud universitaria, ésta contaba con una serie de ventajas comparativas que favorecieron su protagonismo como agente del cambio. La formación intelectual y política, las enormes posibilidades que brindaba la universidad como espacio de reflexión e intercambio de ideas, y no menos las facilidades que daba para las intrigas políticas, aspecto este último favorecido por dos hechos: la masificación creciente y la concentración natural, que ensanchaba las posibilidades conspirativas y la sensación de seguridad entre los activistas que a su vez repercutía en el desarrollo de las acciones de masas. Sin olvidar la mayor disposición psicológica de la juventud para enfrascarse en proyectos donde se valora más la posibilidad que el riesgo; o la «disponibilidad biográfica» de los estudiantes, dueños reales de buena parte de su tiempo, sin cargas familiares ni condicionados por las consecuencias económicas de las huelgas u otros actos subversivos. Ello ayuda a explicar el hecho de que la universidad española se mantuviera en un estado de tensión permanente en la batalla contra el franquismo desde mediados de los años sesenta hasta después de muerto el dictador, una situación imposible de mantener en otros frentes de lucha, especialmente el obrero, sector estratégico en la actividad económica. Los datos estadísticos de los procesados por el Tribunal de Orden Público español hablan por sí solos: el 67% de los procesados tenía menos de 31 años y el 77% no había pasado de los 35; y si atendemos a la ocupación, considerando el total de los datos, el 22% eran estudiantes³².

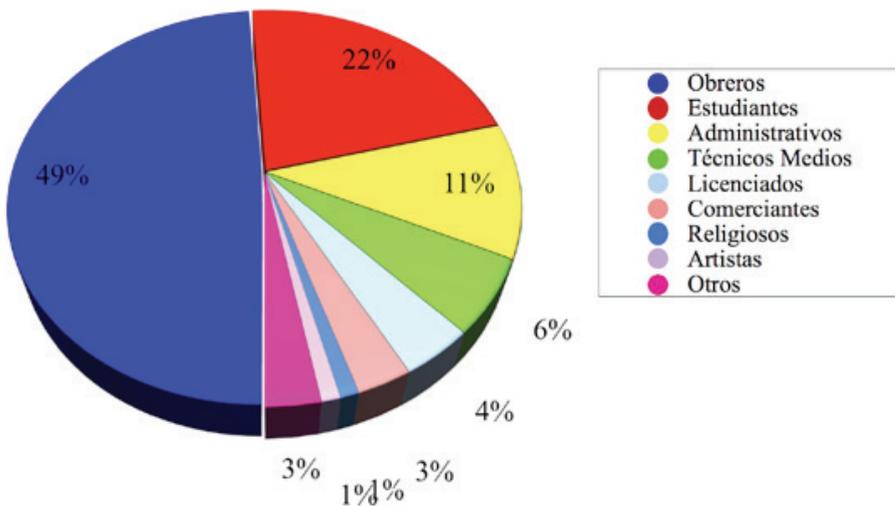
³² Nos referimos a datos porcentuales (el 49% eran obreros) que precisan de una ponderación para evaluarlos en su justo término: en 1976 la población trabajadora sumaba más de 12 millones de personas mientras que la universitaria apenas alcanzaba todavía el medio millón. Algunas de estas variables las desarrollé en Carrillo-Linares (2006, pp. 149-170).

Gráfica 1



Gráfica estadística de los procesados por el Tribunal de Orden Público (TOP) entre 1964 y 1976 por edades. La presencia de la juventud es, lógicamente, abrumadora. Además de constituir una fuerza de presión poderosa contenía la semilla sociológica de la transición. Elaboración propia a partir de Del Águila, J.J. *El Top. La represión de la libertad*, p. 262. Elaboración propia.

Gráfica 2



Gráfica estadística de los procesados por el Tribunal de Orden Público (TOP) entre 1964 y 1976 por ocupación. Destaca el mayor peso estadístico de los trabajadores en la lucha contra la dictadura (49%), seguido de los estudiantes (22%). La ponderación de los datos, teniendo en cuenta el volumen total de esa población en España remarca la importancia de la lucha estudiantil contra la dictadura. Fuente: Del Águila, J.J. *El Top. La represión de la libertad*, p. 278. Elaboración propia.

Atento a la pérdida de la juventud, el presidente del gobierno Luis Carrero Blanco advertía en 1973 del peligro que esto entrañaba para la continuidad del régimen. En el *Informe político presentado al Consejo Nacional*, espetaba:

El artículo 21 de la Ley Orgánica del Estado señala entre los fines del Consejo Nacional el de «contribuir a la formación de la juventud española, en la fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional, incorporando a las nuevas generaciones a la tarea colectiva». Esta es una cuestión de enorme trascendencia. El Gobierno pide al Consejo Nacional el estudio en profundidad de tan importante tema. (...) Respeto a la juventud, sí, pero no abandono de la misma a los impactos incontrolados y agobiantes que el mundo actual lanza sobre ella. La defensa de nuestra juventud de los embates que hoy se lanzan contra ella para corromperla moral y materialmente constituye nuestra más grave responsabilidad³³.

La fuga de la juventud, que fue asumiendo roles similares a la de los países occidentales, unido a su capacidad dinamizadora y contestataria, constituyó una combinación fatal para la dictadura. Su acción continuada en la universidad fue corrosiva hasta el punto de que se puede afirmar que se trataba de un espacio perdido para el régimen, una circunstancia que se agravó con la incorporación de los nuevos profesores, los llamados No Numerarios (PNN), muchos de los cuales se habían curtido políticamente en el movimiento estudiantil y militaron en partidos de la oposición. Con los PNN la actitud contestataria y reivindicativa entraba en los departamentos y juntas de Facultad y reforzaba el débil hasta la fecha movimiento de los profesores contra el franquismo. De allí surgió un frente de enseñantes muy característico durante la transición política a la democracia origen, por ejemplo, del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza³⁴. Como el movimiento estudiantil, el de docentes atendió no sólo a cuestiones políticas sino también a otras pedagógicas, académicas y laborales (estabilidad y derechos laborales, planes de estudio, metodología de la enseñanza, contenidos, leyes educativas, etc.), muchas de las cuales actuaron como vigorosos estímulos canalizadores para las movilizaciones que llevaban necesariamente al rechazo abierto de las instancias políticas responsables. En ocasiones las protestas de los estudiantes contra los Planes de Estudio, de manare más clara a partir de 1971, mantuvieron a algunas Facultades en un nivel muy elevado de conflictividad, aunque fue la Ley General de Educación (1970) y la de Selectividad (1974) las que mayores reacciones concitaron, un debate vivido intensamente también en las Cortes y que saltó a los medios de comunicación y la sociedad en general. De hecho, el debate del proyecto de Ley de Selectividad tiene el record de enmiendas durante todo el

³³ 1 de marzo de 1973. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid, España, Presidencia, Secretaría General del Movimiento, Secretaría Técnica, caja 18.595, p. 20.

³⁴ Centrado en los casos de Madrid y Salamanca, *cfr*: Groves (2013). Y tomando como eje del análisis la Ley General de Educación de 1970, puede verse Jiménez (2000).

franquismo: veintidós a la totalidad, no habiendo superado hasta aquella fecha ningún proyecto las diez, y más de ciento cincuenta parciales. El franquismo con Franco tocaba a su fin.

6. Tiempos de desmovilización

Salvo excepciones, el viaje de separación con el franquismo comenzó siendo más emocional pero la resolución del conflicto pasaba de manera indefectible por el opresor y castrante ámbito político. Esta cuestión ayuda a entender parcialmente la desmovilización social postfranquista una vez modificado el marco de la acción política. Pero sólo en parte. Si desde mediados de los años sesenta lo propio fue la agitación en los centros escolares, que se alargó durante buena parte de los setenta, a partir de 1977 la tendencia comenzó a verse modificada.

En los setenta la movilización y el debate político se habían extendido también a los centros de secundaria, en cierta medida por influencia de los hermanos mayores sobre los menores que muchas veces se radicalizaron más, lo que hizo que cuando éstos entraran en la universidad ya dispusieran de opiniones políticas, y en ocasiones incluso estuvieran militando, lo que garantizó la politización desde el primer curso y la continuidad del movimiento. Se había creado, en definitiva, una red de militancia y sensibilidad muy compleja y extensa que afectó, como se sabe, a un sector del profesorado. Siendo así, ¿Qué ocurrió a partir de 1977? ¿Por qué ese poderoso movimiento se desinfló hasta prácticamente quedar reducido a un marco de reivindicaciones casi exclusivamente académicas? Creo tener alguna respuesta para esta cuestión.

Estableceré una propuesta en la que fijo dos variables, una general y otra específica, con sus correspondientes derivaciones y correlatos. Cada una de ellas podría ser objeto de un desarrollo analítico independiente, aunque pienso que se comprende mejor el fenómeno histórico considerando la confluencia de todos, pese a que en cada momento pudiera tener más peso específico uno u otro³⁵.

Entre las causas generales, a finales de los setenta se vivió el fin de un ciclo cultural y una ola de protesta iniciados a principios de los sesenta, que había inundado el mundo entero con sus propuestas rupturistas y transformadoras, impulsadas por la *generación beat* y la *New Left*. En los años 80 este ciclo y ola desaparecieron o pasaron a un cierto estado de latencia, reapareciendo a principios del siglo XXI, en parte relacionados con el marco de los movimientos antiglobalización. Los estudiantes universitarios españoles más activos e inconformistas leían a Marcuse, a Sartre y los *situacionistas*, consumían drogas, adoptaron estéticas hippies, se liberaron en las relaciones sexuales, disfrutaban con

³⁵ Amplió esta cuestión en Carrillo-Linares (2011).

Jimi Hendrix, los Rolling Stones y los cantautores comprometidos, mitificaron al Che, Ho Chi Minh, Mao, etc. Nada que no estuviera sucediendo fuera de las fronteras nacionales. Aunque mucho de aquello quedó, otra parte se evaporó con el paso de los años, las obligaciones sociales y familiares o la inclusión en el mercado laboral. El activismo fue una de las pérdidas, lógicamente no en todos los casos. En este sentido se puede comprobar la desmovilización a nivel mundial asociada a unos mismos cambios culturales y sociales.

Una causa general, aunque ya algo más específica, se halla en el fin de la dictadura franquista con la consiguiente alteración del marco de oportunidades políticas: la desaparición del gran enemigo exterior y sus cortapisas, que reforzaba la identidad política combativa y daba significación vital a muchas de las reivindicaciones que se esperaba fueran resueltas en las esferas políticas. Esto supuso un cambio importante en el mismo concepto de democracia que pasó a tener un sentido más restrictivo³⁶. El establecimiento de un sistema político parlamentario y participativo, y su reflejo en el ámbito universitario, también influyó, qué duda cabe: reconocimiento del derecho de representación de estudiantes y profesores en órganos colegiados, elecciones democráticas, asociacionismo libre de las injerencias políticas o académicas, etc. Aunque no todos aceptaron este nuevo marco y mantuvieron la cultura de la protesta durante unos años más al considerar que el proceso no estaba cerrado.

Existen además otras causas más concretas, algunas de naturaleza técnica y otras estratégicas. En relación con las primeras, creo que las anomalías que se dieron en el movimiento estudiantil antifranquista en relación con la teoría de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) pueden ayudar a entender la desmovilización, de manera específica lo que se refiere a la relativa independencia de los partidos políticos que tienen los NMS. Como dije, aunque sólo una minoría de los activistas estaba encuadrada en organizaciones, cualitativamente fue un núcleo muy relevante ya que la lucha contra la dictadura pasaba por estas personas en torno a las que se situaron varios círculos concéntricos de actividad en función de su implicación. La dependencia de estos partidos, con sus mecanismos internos de funcionamiento, fue determinante pues la suerte del movimiento dependió de las decisiones de las organizaciones que muchas veces respondían a intereses que estaban al margen de la misma universidad.

En relación con éste último punto, una causa mucho más concreta con la que se puede dar explicación a la desmovilización tiene que ver, precisamente, con la actitud de los partidos políticos en la transición. Se procedió a una inducida

³⁶ En 1979 los historiadores Carr y Fusi alertaban sobre este repliegue: «En la euforia de junio de 1977 se daba por supuesto que las instituciones democráticas resolvían los problemas por el mero hecho de su existencia» (Carr, Fusi, 1979, p. 309).

esterilización de los movimientos sociales: a partir de ahora la democracia se haría en los despachos y cámaras de representantes y no en la calle o aulas universitarias. Los partidos que mejores resultados obtuvieron en las primeras elecciones no tenían ningún motivo para mantener encendida esa llama que no controlaban ni lo habían hecho nunca, UCD y el PSOE. Por su parte, el PCE en aras a su legalización y reconocimiento como partido democrático con el que se podía contar en el nuevo marco, hubo de demostrar su buena disposición, entre otras formas, mediante la desmovilización en la calle; con ello disminuyó la intensidad de su acción en las universidades y otros movimientos sociales. El resto de opciones políticas a la izquierda del PCE, con ascendencia sobre el movimiento universitario (en especial el PTE y la Joven Guardia Roja), directamente no fueron legalizados de cara a las primeras elecciones de 1977 y pasaron al terreno de los antisistema con la carga de descrédito que ello comportaba y los estrechos márgenes de acción institucional que se les permitía³⁷.

El movimiento estudiantil parecía haber cumplido con su misión histórica. La institucionalización del modelo político llevó, como era de esperar, a la domesticación por parte de las nuevas élites de la situación, conteniendo los movimientos sociales que pudieran poner en cuestión el nuevo *stato quo*; el desgaste del mismo y su percepción social en la actualidad queda reflejado en la reactivación de las acciones colectivas más recientes, en principio al margen de los partidos (y frente a), aunque con las tentaciones evidentes de ser instrumentalizados y canalizados por nuevas formaciones desligadas de la tradición y que por lo tanto pueden construir un discurso crítico y alternativo. El movimiento universitario pasó así por el ciclo completo de movilización (años 60-70) que se cerró con la travesía por el desierto (80-90), una fase de repliegue donde buena parte de las reivindicaciones estaban alejadas de los planteamientos políticos en sentido estricto, pese a que, como ocurriera en otro tiempo, siguieran teniendo una dimensión política (becas, créditos, leyes educativas, reforma universitaria, etc.), no exenta de cargas ideológicas.

7. Conclusiones

El movimiento estudiantil primero y el de PNN más tarde conformaron un decisivo espacio desde el que se fueron minando las bases sociales de la dictadura. No sólo hicieron intransitable cualquier camino continuista sino que en la práctica establecieron pilares culturales y políticos que sirvieron de basamento para la democracia, con valores sociales y morales que rompían con el franquismo, pero

³⁷ Sobre la llamada *esterilización de los movimientos de masas* desarrollada en el PSOE, con alusiones también al PCE, *cfr.* Oñate (1998, pp. 134-135 y 158-166).

también con las ajadas culturas políticas de corte obrero y origen decimonónico. El movimiento hippie, la música beat, el rock, el pacifismo, el ecologismo, el feminismo, etc., atravesaron mucho más por estos espacios educativos que por otros ámbitos con preocupaciones materiales de primera necesidad. Los valores postmateriales a los que se refería en 1971 Inglehart, y sin los cuales no es posible comprender los llamados Nuevos Movimientos Sociales, llenaron de contenido una parte del nuevo concepto de democracia definitorio de la segunda mitad del siglo XX (Inglehart, 1971 y 1991).

La aportación del movimiento universitario fue, en definitiva, plural: introdujo el debate político en las aulas (con sus asambleas, programas reivindicativos, diseño de sistemas de representación democráticos, enfrentamiento a las actitudes autoritarias, etc.), dio cabida al desarrollo de ciertas destrezas muy útiles en el futuro profesional así como a conceptos y maneras de hacer más participativas y tolerantes; incorporó a la mujer a la vida pública y política, además de preparar la sustitución de élites y cuadros técnicos necesarios para el funcionamiento del Estado, «infiltrándolos» en ámbitos y áreas muy variadas, algo que luego se fue extendiendo en los diferentes espacios profesionales y de gestión (incluida la misma universidad); bombardeó desde sus bases sociales la autoridad de una dictadura fuera de tiempo gracias a la lucha abierta y sin cuartel que hizo de las universidades los lugares más agitados en el día a día, lo que quedó reflejado en la prensa, fiel testigo de la situación política descontrolada que se había creado. Aunque requiera de las obvias matizaciones, se puede señalar también que una parte importante de los políticos protagonistas de la transición se habían formado en unas universidades donde la actividad política estaba normalizada; de lo que se trató en la transición fue se moderar el discurso y la praxis política en la búsqueda de un cambio sin rupturas. Con una voladura controlada y un proceso templado de legalización de los partidos, en una primera fase hasta el PCE, se garantizó ésta última cuestión, que por lo demás, hubo que improvisar.

Los frentes abiertos por el movimiento universitario, político-sociales y académicos, fueron vías hacia la normalización y finalmente asunción de unos valores democráticos y modernos, en la línea de lo que se vivía en el entorno occidental. Más allá de las propuestas concretas, algunas de las cuales resultaban dudosamente democráticas, por sus formas, procedimientos y contenidos, lo que es innegable, visto en perspectiva histórica, es que detrás de todo aquel movimiento subyacía un elemento básico y estructural, necesario en cualquier sistema democrático que se precie: el de la voluntad de participación. Y en eso la universidad antifranquista fue una verdadera Maestra.

8. Referencias bibliográficas

- Águila, J. J. del (2001). *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*. Barcelona: Planeta.
- Álvarez Cobelas, J. (2004). *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*. Madrid: Siglo XXI.
- Blanco Prieto, F. (2013). *Unamuno en la política local*. Salamanca: Edifsa; Ayuntamiento.
- Brand, K. W. (1992). Aspectos cíclicos de los nuevos movimientos sociales: fase de crítica cultural y ciclos de movilización del nuevo radicalismo de clases medias. En Dalton, R. J., Kuechler, M., *Los nuevos movimientos sociales* (pp. 45-69). Valencia: Editorial Alfons el Magnànim.
- Cardina, M. (2013). Génesis, estructuración e identidad del fenómeno maoísta en Portugal (1964-1974). *Ayer*, 92(4), pp. 123-146.
- Cardina, M. (2011). *Margem de Certa Maneira. O Maoismo em Portugal. 1964-1974*. Lisboa: Tinta-da-China.
- Carr, R., Fusi, J. P. (1979). *España, de la dictadura a la democracia*. Barcelona: Planeta.
- Carrillo-Linares, A. (2013). Efectos no previstos de la represión franquista en la Universidad. En VV. AA., *Memoria y vigencia de un compromiso: universitarios contra la dictadura* (pp. 31-36). Valencia: Universidad.
- Carrillo-Linares, A. (2011). ¿Y nosotros, qué? El movimiento estudiantil durante la transición política española. En Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, R. (Coords.), *La sociedad española en la transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador* (pp. 221-235). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Carrillo-Linares, A. (2008). *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*. Sevilla: CEA.
- Carrillo-Linares, A. (2006). Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5, pp. 149-170. Accesible desde <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/5922>.
- Carrillo-Linares, A., Cardina, M. (2012). Contra el Estado Novo y el Nuevo Estado. El movimiento estudiantil ibérico antifascista. *Hispania. Revista Española de Historia*, LXXII (242), pp. 639-668.
- Claret Miranda, J. (2006). *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo. 1936-1945*. Barcelona: Crítica.
- Crexell, J. (1987). *La caputxinada*. Barcelona: Edicions 62.

- Connelly, J., Grüttner, M. (Eds.). (2005). *Universities under dictatorship*. Pennsylvania: University Press.
- Editorial (1967, 15 de febrero). La Universidad, conejo de Indias de la libertad. *Gaceta Universitaria*, nº 74.
- Fernández Buey, F. (2006). Memoria personal de la fundación del SDEUB (1965-1966). *Hispania nova*, 6, pp. 833-843.
- Fernández Buey, F. (1991). Estudiantes y profesores universitarios contra Franco. De los Sindicatos Democráticos Estudiantiles al Movimiento de Profesores No Numerarios (1966-1975). En Carreras Ares, J. J., Ruiz Carnicer, M. A. (Eds.), *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)* (pp. 469-496). Zaragoza: Institución Fernando El Católico.
- Gamson, W. A., Meyer, D. S. (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En McAdam, D., McCarthy, J. D., Zald, M. N. (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 389-412). Madrid: Istmo.
- Gómez Pérez, R. (1969). La huella de Mao en el movimiento estudiantil. *Nuestro Tiempo*, 134, pp. 146-148.
- Groves, T. (2013). *Teachers and the struggle for Democracy in Spain, 1970-1985*. Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Gurriarán, R. (2010). *Inmunda escoria. A universidade franquista e as mobilizações estudiantís en Compostela, 1939-1968*. Vigo: Xerais.
- Hernández Sandoica, E. et. al. (2007). *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Huntington, S. P. (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: CIS; Siglo XXI.
- Inglehart, R. (1971). The silent revolution in Europe: intergenerational change in post-industrial societies. *American Political Science Review*, 65, pp. 991-1017.
- Jiménez Jaén, M. (2000). *La Ley General de Educación y el movimiento de enseñantes (1970-1976). Un análisis sociológico*. La Laguna: Universidad.
- Kornetis, K. (2013). *Children of the Dictatorship: Student Resistance, Cultural Politics, and the 'Long 1960s' in Greece*. New York – Oxford: Berghahn.
- Lance Goines, D. (1993). *The free speech movement. Coming of age in the 1960s*. Berkeley: Ten Speed Press.
- Lizcano, P. (1981). *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Barcelona: Grijalbo.

- López Medel, J. (1963). *Ejército y Universidad*. Madrid: SEU.
- Martínez Foronda, A. et al. (2012). *La cara al viento. Estudiantes por las libertades democráticas en la Universidad de Granada (1965-1981)*. Córdoba: El Páramo; FES.
- Martínez Foronda, A., Sánchez Rodrigo, P., Baena Luque, E. (2014). *La resistencia andaluza ante el Tribunal de Orden Público en Andalucía, 1963-1976*. Sevilla: Fundación de Estudios Sindicales.
- Marwick, A. (1998). *The Sixties: cultural revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-c. 1974*. Oxford: Oxford University Press.
- Mesa, R. (Ed.). (1982). *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid: Universidad Complutense.
- Oñate Rubalcaba, P. (1998). *Consenso e ideología en la transición española*. Madrid: CEPC.
- Polak, L., Gorbier, J. C. (1994). *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada, 1976-1986)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Por un sindicato estudiantil democrático: la «capuchinada» de Sarriá. (1972). *Horizonte Español 1972*, t. I, [Paris], *Ruedo Ibérico*, pp. 34-38.
- Rodríguez Tejada, S. (2014). Surveillance and student dissent: The case of the Franco dictatorship. *Surveillance & Society*, 12 (4), pp. 528-546. Recuperado el 5 de febrero de 2015, de <http://library.queensu.ca/ojs/index.php/surveillance-and-society/article/view/franкодissent/studentdissent>.
- Rodríguez Tejada, S. (2009). *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*. Valencia: PUV, 2 vols.
- Rojas, C. (1995). ¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936. En *Unamuno y Millán Astray frente a frente* (pp. 134-140). Barcelona: Planeta.
- Roldán, H. (2010). *El maoísmo en España y el Tribunal de Orden Público (1964-1976)*. Córdoba: Universidad.
- Ruiz Carnicer, M. A. (1996). *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Sánchez-Albornoz, N. (2012). *Cárceles y exilios*. Barcelona: Anagrama.
- Sartorius, N., Alfaya, J. (1999). *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*. Madrid: Espasa.
- Schildt, A., Siegfried, D. (Eds.). (2007). *Between Marx and Coca-Cola. Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*. Nueva York; Oxford: Berghahn.

- Sjøli, H. P. (2008). Maoism in Norway. And how the AKP (m-l) made Norway more Norwegian. *Scandinavian Journal of History*, 33 (4), pp. 478-490.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tarrow, S. (1991). Ciclos de protesta. *Zona Abierta*, 56, pp. 53-75.
- Tébar Hurtado, J. (Ed.). (2012). *Resistencia ordinaria. La militancia y el anti-franquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977)*. Valencia: Universidad.
- Tierno Galván, E. (1966). Students opposition in Spain. En *Government and opposition*, I (4) (pp. 467-486.). Londres: London School of Economics and Political Science.
- Tierno Galván, E. (1981). *Cabos sueltos*. Barcelona: Bruguera.
- Valdevira González, G. (2006). *La oposición estudiantil al franquismo*. Madrid: Síntesis.

página intencionadamente en blanco